



## León Felipe (1884-1968)

---

En la primera parte de estas antologías hablábamos de León Felipe y de sus *Versos y oraciones del caminante* como uno de los libros que nos permitía establecer nexos y continuaciones entre aquellas primeras dos décadas del siglo XX y los años posteriores, hasta 1939. De sus páginas, rescatábamos «Quiero mi traje» y «Glosa», dos poemas que, en palabras de Joaquín Marco, ejemplificaban los excesos sentimentales y modernistas que brotan de una ideología todavía cercana al Machado anterior a los años veinte (1986: 26). Para volver a encontrar referencias medievales, hemos de trasladarnos hasta *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*, finalmente publicado en México en 1938, en el que la estética de León Felipe y su ideología literaria han virado hacia un compromiso con la causa revolucionaria. Las temáticas y la dicción se alejan de los modelos de sus primeros libros: los versos se rompen o se alargan hasta devenir poema en prosa, como sucede con «Don Quijote no es una entelequia», en el que aparece una breve alusión al Amadís de Gaula, que relaciona la locura quijotesca con el platonismo y la situación de la España en los años del periodo bélico. En *Español del éxodo y del llanto*, también publicado en México (exilio en el que fallecería en 1968), Felipe toma la no celebración de la feria de Medina como metáfora de la muerte de España a manos del franquismo. Finalmente, ese sentimiento revolucionario, aunado con el dolor del exilio, se plasma en el fragmento de «El hacha» que hemos recogido, en el que se vincula al franquismo con la traición del infante Diego Carrión en el *Cantar de Mío Cid*, y al comunismo con la valentía de Pedro Bernúdez, que vence junto a Antolínez a los infantes tras la Afrenta de Corpes.

### Don Quijote no es una entelequia

El poeta prometeico aparece siempre en la Historia como un personaje imaginario. Pero lo imaginario prometeico gana realidad y la realidad doméstica se pierde en las sombras de la Historia. La Historia la compone el sueño de los hombres: Edipo, Don Quijote, Fausto, Zaratustra. Los sueños son la semilla de la realidad de mañana y florecen cuando la sangre los riega y los fecunda. La Historia es sangre y sueños.

España es el sueño de Don Quijote. Y Don Quijote no es más que la España legítima, viva y actual.

Y hay un momento en que el sueño se hace carne y la carne sueño.

Nunca habíamos visto a Don Quijote tan hecho realidad como ahora, ni a España tan hecha ilusión. ¿Quién sabe ya cuál es la realidad y cuál es la ficción? ¿Es que España y Don Quijote son dos cosas distintas hoy? Decidlo vosotros. Que lo diga el mundo. ¿No es Don Quijote un loco, el loco de la justicia? ¿No es un clown, el payaso de las bofetadas? ¿Qué otra cosa es ahora España?

Sabíamos ya que Don Quijote no era una entelequia. Más que saberlo lo adivinábamos. Pero después de esta guerra, ¿quién podrá dudarlo ya? ¿Quién podrá decir de hoy en adelante que el Caballero de la triste Figura no ha pasado por la Tierra, que no está ahí todavía, desafiando con una lanza rota toda la maquinaria bélica del mundo? ¿Quién dirá que no le conoce, que no le ha oído gritar pidiendo justicia en los tribunales de Ginebra? ¿Quién dirá que no ha escuchado las risas, las carcajadas, la mofa de todos los poderes del mundo — los civiles, los guerreros, los eclesiásticos — confabulados con el bachiller traidor y bastardo, vencido una vez y resentido siempre? ¿A quién no ha hecho reír de nuevo este pobre clown de las bofetadas, que cae y se levanta una vez, diez veces, cien veces, mil veces, con la palabra justicia en la boca? Sí. Don Quijote es un clown lo mismo que España: El clown de las bofetadas. Porque, ¿para qué imaginó Cervantes este engendro, sino para divertir a los hombres? Y Dios, ¿para qué creó a España, sino para divertir al Olimpo? Fue una invención\* original y monstruosa este truco de la justicia de Don Quijote, con el que tanto se había de reír el universo entero.

Porque Don Quijote no está loco. Y si está loco, ¿por qué está loco? ¿Quién ocasiona esta locura? Sobre esto no puntualiza bastante el cronista. No olvidemos que al principio del libro Cervantes no es ni cronista siquiera. No es más que un empresario de circo.

Don Quijote está loco para nosotros porque los resortes que mueven esa capacidad de transbordo que hay en todo poeta prometeico para pasar de lo euclidiano a lo místico, de lo doméstico a lo esencial, se mueven en él con una rapidez y una pasión inusitadas, al conjuro sólo de la palabra justicia.

No está loco. Está en un grado de humanidad al que no ha llegado casi ningún hombre todavía. Y no es verdad que a Don Quijote le subiesen a este grado, a esta tensión humana que se ha llamado locura, la lectura de los libros de caballería, si no el concepto platónico de la justicia. Platón, Platón es el responsable, y no el autor del Amadís de Gaula. Don Quijote no sale a buscar aventuras para imitar a aquellos caballeros que crea la imaginación medieval y que entran en el Renacimiento con una cabalgadura barroca y en lenguaje confuso. Don Quijote sale a poner en práctica su evangelio español, el evangelio de la justicia, que ahora conviene recordar para que sepamos todos quién es su legítimo heredero y por dónde se ha de trazar la línea divisoria que parta España. Porque la línea no se ha trazado bien. Por lo menos no se ha trazado.

(*El payaso de las bofetadas y el pescador de la caña*, 1938;  
extraído de *Poesías completas*, 2004, pp. 223-224)

### **¡Ya no hay feria en Medina, buhoneros!**<sup>188</sup>

Está muerta. ¡Miradla!

Los que habéis vivido siempre arañando su piel,  
removiendo sus llagas,  
vistiendo sus harapos,  
llevando a los mercados negros terciopelos y lentejuelas,  
escapularios y cascabeles...

Y luego no habéis sabido conservar este viejo negocio que os daba pan y  
[gloria,

quisierais que viviese eternamente.

Pero está muerta.

Miradla todos:

los que habéis vendido su cadáver.

¡Miradla!... Miradla

los eruditos y los sabios:

los traficantes de la cota del Cid

y del sayal de Santa Teresa.

Miradla,

los chamarileros de la ciencia, que vendíais por oro macizo botones huecos de  
[latón...

188. Se refiere a Medina del Campo, lugar conocido en Europa por sus ferias en los siglos XV y XVI.

Miradla

los anticuarios,

los especialistas del toro y del barroco,

los catadores de cuadros y vinagre...

Los castradores de colmenas que dabais cera a los cirios y miel a los púlpitos...

Los que levantabais en las plazas puestos de

avellanas y nueces vanas, y vivíais del rito hueco y anacrónico...

Los vendedores de bellotas para las gruesas cuentas de los rosarios...

Y los fabricantes de metales para las medallas y los esquilones.

Miradla

los poetas del rastro, de la cripta y de la carcoma

y los viajeros de rapé y de greguerías,

Miradla

los pintores de esputos y gangrenas,

de prostíbulos y patíbulos,

de sótanos y sacristías,

de cristos disfrazados y de máscaras,

que preguntabais aturdidos:

Y si España se salva... Y si España no muere.

Y si España se quita la careta,

se limpia la cara

y abre la ventana...

¿Qué pintamos nosotros?

Miradla

los que estáis negociando todavía

con el polvo

con la carroña

y con la sombra.

Miradla

los dialécticos,

los sanguinarios,

los moderados,

los falsificadores de velones

y los mercaderes de tinieblas

que en cuanto escuchasteis esta oferta:

«Toda sangre de España por una gota de luz»,

gritasteis enfurecidos:

«No, no; eso es un mal negocio».

Miradla

los que vivíais de la caza y de la pesca del turista,  
y los vendedores de panderetas.

Miradla

los mastines del 98, que en cuanto ganasteis la antesala dejasteis de  
[ladrar, pactasteis con el mayordomo y ahora en el destierro no podéis  
[vivir sin el collar pulido de las Academias.

Miradla

los grandes payasos ibéricos que hicisteis siempre pista y escenario de la  
patria

[y decíais en el exilio: ¡Mi España, la tierra de mi España!, en lugar de  
[decir: ¡La arena de mi circo!

Miradla

los constructores de ratoneras  
y el gran inventor de la contradicción y de la paradoja, que se cogió las  
narices

[con su invento.

Miradla

los escritores de novelas y comedias que buscabais la truculencia y el  
[melodrama, y ahora después de tres años de guerra y destrucción,  
[habéis dicho: ¡Basta, ya tenemos argumento!

Miradla

los copleros de plazas y mercados que tenéis ya el cartelón pintado de  
almagre,

[las coplas hechas, la musiquilla y el guitarrón.

Miradla

los gitanos que adobabais el burro viejo y llenabais de flequillos y revuelos la  
[capa y la canción para engañar al toro y al payo...

¡Ya no hay feria en Medina, buhoneros!

(*Español del éxodo y del llanto*, 1939;  
extraído de *Poesías completas*, 2004, pp. 281-283)

## V

### (El hacha: elegía española)

¡Eh, tú, Diego Carrión!<sup>189</sup>,  
¿qué insignia es esa que llevas en el pecho?

189. Diego Carrión es uno de los infantes de Carrión en el *Cantar de Mío Cid* que son protagonistas de la Afrenta de Corpes, en la que Diego y su hermano Fernando se vengan del Cid por las burlas de este y sus huestes durante la defensa de Valencia, golpeando a sus hijas (que eran sus prometidas) y abandonándolas en el robledal de Corpes.

–El haz de flechas señorial–.  
 –¿Y tú, Pero Vermúdez?<sup>190</sup>  
 –La estrella redentora y proletaria.  
 Españoles,  
 «dejémonos de burlas»<sup>191</sup>.  
 No es ésta ya la hora de la farsa.  
 «Vámonos poco a poco,  
 que en los nidos de antaño  
 no hay pájaros hogaños.  
 Yo fui loco y ya estoy cuerdo».  
 Nadie tiene aquí lágrimas,  
 ¡pero tampoco risas!  
 Aquí no hay lágrimas  
 ni risas  
 Aquí no hay más que polvo.  
 ¡Quitaos esas máscaras!  
 Nuestro símbolo es este: el hacha.  
 Marcaos todos en la carne del costado  
 con un hierro encendido,  
 que os llegue hasta los huesos  
 el hacha destructora...  
 Todos,  
 Diego Carrión,  
 Pero Vermúdez,  
 todos  
 Y vamos a dormir,  
 a descansar en el polvo,  
 aquí,  
 en el polvo y para siempre.  
 No somos más que polvo.  
 Tú y yo y España  
 no somos más que polvo.  
 Polvo,

190. Pedro Bermúdez es, según el cantar, primo carnal de las hijas del Cid. Tras la afrenta de Corpes, Pedro Bermúdez y Martín Antolínez retaron a los infantes de Carrión para devolver la honra al Cid y a sus hijas. Bermúdez y Antolínez los vencen en duelo. Las bodas son anuladas y el Cid consigue casar a sus hijas con los príncipes de Navarra y Aragón.

191. Como se ve, León Felipe vincula al cobarde y traicionero infante Diego Carrión con «el haz de flechas señorial», divisa de los Reyes Católicos y recuperada como emblema de Falange y como elemento del escudo de España durante la dictadura. Pedro Bermúdez, por su parte, valeroso y fiel escudero del Cid, se vincula con la «La estrella redentora y proletaria», es decir, con el símbolo marxista de la estrella roja de cinco puntas.

polvo,  
polvo...  
Nuestra es el hacha,  
el hacha y el desierto  
el desierto amarillo  
donde descanse el hacha,  
cuando no quede  
ya ni una raíz,  
ni un pájaro,  
ni un recuerdo,  
ni un nombre...  
España,  
¿por qué has de ser tú madre de traidores  
y engendrar siempre polvo rencoroso?  
Si tu destino es este,  
¡que te derribe y te deshaga el hacha!

*(Español del éxodo y del llanto, 1939;  
extraído de Poesías completas, 2004, pp. 318-319)*